

PEQUEÑAS NARRACIONES

Antología Colectiva

Esta antología escrita por **@todos**
fue diseñado colectivamente en el Taller de Diseño
Editorial impartido por **@ColectivoGuendanabani**
en el Campamento de Animación y Creación Literaria
@cochinilla.yi.

Guelatao de Juárez,
Oaxaca Agosto 2025

Kata Díaz
Sofía Grijalva
Grace Martínez
Miztli
(Brandon Torres)

Legales, autores, editorial, lugar de impresión, fecha

Se sigue usualmente el formato de ficha bibliográfica

Correos de contacto

Tipografías utilizadas

Derechos de autor

Teléfonos de contacto de las organizaciones

Dedicatoria

Contenido

Dedicatoria 3
“La fuerza de la vida: la historia de Rosita” 6
 Dedicatoria..... 9
 Mis tres hogares 10
Cerrando heridas 15

¿qué significa soltar?

¿qué significa tener la llave?

¿para qué sirven las llaves?

¿y para que sirven las puertas?

¿para qué sirven los muros?

¿y de qué sirve abrir si nunca he podido salir?

“La fuerza de la vida: la historia de Rosita”

Grace

¿Te has enfermado antes? ¿Tienes algún familiar enfermo? ¿Tienes familiares con algún padecimiento crónico? ¿Eres alérgico a algún medicamento? Esas eran las preguntas recurrentes de cada doctor que visitaba a Rosita, y así como le hacían las mismas preguntas de rutina, las respuestas de cada diagnóstico también eran las mismas. "No se preocupe, señora, está usted bien, es únicamente por el estrés y la ansiedad. Trate de tomarse las cosas con calma, pero para descartar algún otro padecimiento subyacente, vaya a realizarse unos estudios exhaustivos. Esto es únicamente para descartar, no se preocupe de más".

Rosita, la segunda hermana mayor de cuatro hermanos, siempre había sido una apasionada de los estudios. Sin embargo, la vida le había dado un giro inesperado cuando su padre falleció, y su madre se convirtió en la única proveedora de la familia. Rosita trataba de llamar la atención de su madre, que siempre estaba ocupada trabajando para sostener a sus hijos. Al culminar sus estudios de secundaria, decidió migrar a la Ciudad de México, donde su tía le había ofrecido trabajo y apoyo para que pudiera continuar sus estudios.

Es siempre un niño encerrado
en una habitación sin luz ni agua

La llave la han dejado quién sabe dónde

Alguien que pasaba
asomó el brazo por la ventana

Pero no pudo abrir

No sé por dónde empezar

No sé por dónde terminar

Nunca he sabido terminar

Nunca he sabido soltar

Nunca he sabido dejar

Nunca he querido

soltar

¿Qué significa Soltar?

Aunque la vida en la ciudad era desafiante, Rosita se adaptó y trabajó arduamente en cualquier trabajo que pudiera encontrar. Con el tiempo, conoció al amor y se estableció en un pueblito de la ciudad de Puebla. Sin embargo, la relación no resultó ser lo que ella esperaba, y se encontró criando a sus hijos sola. A pesar de las dificultades, Rosita decidió quedarse en el lugar para no alejar a sus hijos de su padre.

Pero la vida de Rosita comenzó a cambiar cuando empezó a experimentar molestias en su cuerpo. Al principio, era una pérdida de apetito y hormigueos en las extremidades, pero pronto se convirtió en dolores punzantes y constantes en el ojo izquierdo. Rosita trató de ignorar los síntomas, pero eventualmente decidió buscar ayuda médica.

Después de varios diagnósticos y tratamientos, Rosita fue diagnosticada con neuromielitis óptica, una enfermedad rara y crónica que afecta el sistema nervioso central. La noticia fue devastadora, y Rosita se encontró luchando por adaptarse a su nueva realidad.

A pesar de las dificultades, Rosita sigue siendo una mujer optimista y determinada. Ha perdido la vista por completo, pero ha recuperado un 50 por ciento la movilidad de sus brazos. Aunque depende de un cuidador las 24 horas, Rosita ha encontrado una nueva forma de vivir y apreciar la vida.

La lucha diaria de Rosita es un desafío constante. Cada día es una lucha para adaptarse a su nueva realidad y encontrar formas de superar los obstáculos. Pero a pesar de todo, Rosita sigue siendo una fuente de inspiración para aquellos que la rodean. Su fuerza y resiliencia son un ejemplo de que, incluso en los momentos más difíciles, siempre hay esperanza.

La familia de Rosita ha sido su roca en momentos de necesidad. Su madre, sus hermanos y sus hijos han estado allí para apoyarla y cuidarla. La relación entre Rosita y su familia es un ejemplo de la importancia de la familia en nuestra vida. En momentos de dificultad, es la familia la que nos brinda el apoyo y el amor que necesitamos para seguir adelante.

Hoy, Rosita cumplió 35 años. A pesar de las dificultades, sigue siendo una mujer optimista y determinada. Su historia es un recordatorio de que la vida es un regalo precioso que debemos apreciar y disfrutar. No sabemos qué nos depara el futuro, pero podemos elegir cómo vivir el presente. Rosita nos muestra que, incluso en los momentos más difíciles, siempre hay esperanza y siempre hay una razón para seguir adelante.

dice que lo siga, él no se dió cuenta porque va distraído quién sabe en qué cosa.

Cuando saca la llave y abre la reja recuerdo el lugar, el olor a humedad en el techo, el agua sucia encharcada en el patio y el odioso olor del pasto cuando lo acaban de cortar.

Cuando está a punto de cerrar se da cuenta de que estoy ahí, nos miramos a los ojos, sus ojitos medios dormidos, los de siempre, los que nunca había visto. Me miró fijamente, al ver mis orejas despintadas me alzó del suelo y me tomó en sus brazos como si ya me estuviera esperando, se sintió como el sol en la mañana, en la tarde, al medio día y en la noche como cobijas viejas que huelen a vainilla, no sé quién eres, pero creo que por fin estoy en casa.

Ojitos esmeralda.

Me desperté escuchando el sonido de una moto enojada, me hizo saltar de un lado a otro. Yo creo que el tipo estaba empezando un mal día, o a lo mejor era que yo estaba en medio del camino,

Hoy todo parece igual que siempre, pero algo se siente diferente: el sonido de los coches pasando, el de las motos, el de las señoras de los puestos carcajeandose, el de los perros ladrándole a los niños que juegan fut con una botella de refresco afuera de la tienda y el mismo canto de los tres pájaros de siempre. Camino por la misma banqueta de todos los días y veo el mismo poste de la esquina junto a la señora que vende pollo, todo parece igual pero incluso ella no dijo nada cuando estiré mi pata derecha para alcanzar un pellejo que colgaba de la mesa de lo que ella llama puesto.

A lo lejos escucho en el puesto de verduras a un muchacho que pide un kilo de jitomate, una cebolla y una cabeza de ajo, algo en su voz me parece familiar, al acercarme su olor me recuerda al olor de la vainilla y cobijas viejas o cobijas viejas que huelen a vainilla. Su rostro lo he visto ya antes, no sé dónde ni cuándo, a lo mejor es uno de esas personas que pasan en moto que no te dejan dormir en paz, a lo mejor lo ví en un sueño, igual no importa saber, lo sigo porque algo en mi instinto de gata solitaria me

Dedicatoria

Esta historia va dedicada con mucho amor a mi querida hermana, Rosa Martha. Te amo con todo mi corazón y admiro tu fuerza y resiliencia. Espero que tu historia inspire a otros a apreciar la vida y a vivirla al máximo.

Mis tres hogares

Hoy me toca baño, me gusta el jabón con el que me baña María, y luego esa toalla, bueno si se puede decir así, ese suéter que era de ella, me seca tan bien y está tan suave que quisiera quedarme así por un buen rato, mi pelaje de nuevo brilla, mi pelo creció, me siento tan fuerte y sano. Mary es una mujer muy delgada, con su cabellera larga que generalmente la trenza bien bonita, ella vive sola, bueno, no tan sola, vive conmigo; Mary es una mujer muy ocupada, pero me quiere tanto que me dedica sus tiempos libres, y me platica sus problemas; pobre Mary, dice que no se piensa casar, porque ha visto tantas decepciones, que los hombres son muy malos, que todos son iguales, no entiendo mucho del tema, pero me gusta escucharla.

Ya me dio hambre, iré a comer algo, me encanta la comida que me prepara Mary; oh no, acabo de pisar mi comida y se tiró todo. No puedo ver muy bien. Me estoy quedando ciego. Y me duelen mucho mis huesos. Pero bueno, ya no soy tan joven, he vivido mucho. Me duele dejarla sola. Iré a caminar un rato, aunque sea con pasos lentos.

Todo se vuelve blanco y una luz intensa me lastima, no entiendo que me está pasando, sólo recuerdo que cuando iba caminando me estaba mareando. Pero ahora siento tanta paz y tranquilidad.

mi fuego. A veces es una niña con olor a mandarina, otras una mujer que fuma junto a la ventana y canta bajito. Una vez fue una monja; otra mecanica, y casualmente una vez que me encontraba enfermo y pensaba que esta vez si que me me iba a morir, resulta que ella era veterinaria. Siempre distinta. Pero siempre la misma. Siempre ella.

No sé si me recuerda. A veces me mira con sorpresa, a veces con ternura, y otras con un temblor en los dedos, como si algo en su piel supiera antes que su mente. Siempre termina por dejarme entrar. Siempre me hace un lugarcito en su mundo, en su cama, entre sus pies, como si nunca me hubiera perdido.

Cuando muere, yo espero. A veces siglos. Pero siempre sé que volverá. Y yo, con mi memoria intacta, la buscaré. □ Porque no soy eterno por azar. Soy eterno para no olvidarla.

Y mientras el mundo gire, y el sol amanezca en otras lenguas, yo seguiré caminando, cruzando tejados, selvas, avenidas y ruinas... □ hasta encontrarla. □ Hasta volver a casa.

Un cuento de gatos.

Hola, me llamo Manguito. se estira

Bueno, ese es uno de los tantos nombres que he tenido en mi vida, he tenido tantos, como inviernos, y como soles. Soy un gato que nunca ha muerto. He visto templos caer, mares secarse, y ciudades crecer como hongos bajo cielos envenenados y luego venirse abajo como si hubieran estado hechas de papel. El mundo cambia todo el tiempo. Menos yo. Míau.

He sido testigo de las fuerzas poderosas de la naturaleza, temblores, terremotos, erupciones volcánicas y hasta maremotos.

Pero con temor a sonar como un gato muy intenso, les dire que, lo único más fuerte que conozco, sobreviviente a cada desastre natural, muerte y reencarnación, es mi amor por mi kahu.

En cada siglo, en cada lengua, en cada cuerpo, vuelve a nacer la misma niña de cabello largo y negro azabache con esa mirada inconfundible, así le cambie el color de ojos. Y yo la encuentro, yo siempre la encuentro, pienso que jugamos al escondite, y cada vez que muere y revive la busco a través de su olor, de su pelo y de esos ojos que al mirar los míos siempre se encienden como fósforos contagiados por

Ahora que veo nuevamente a Doña Chenchá, me encantan sus canas y esas arrugas en su cara, ya tendrá como más de ochenta años, esas manos maltratadas por el tiempo, pero las que me abrazaron por primera vez, esas manos que por mucho tiempo me dio de comer memelitas tan deliciosas y esas tortillas tan suaves; veo ese lugar, me trae tantos recuerdos, esa casa de adobe con su cocina tan curiosa, cubierta con hojas de maguey, pero lo que más me encanta, es que sigue oliendo tan rico, el olor a humo. En la cocina nunca puede faltar una olla de barro con su cafecito, doña Chenchá decía, -por si llega alguna visita, siempre hay que ofrecerles cafecito-.

Disfruté tanto vivir esa etapa de mi vida con ella, yo la conocí cuando estaba tan joven, tuvo seis hijos, ninguno de los cuales se quiso quedar a vivir en el rancho, su marido falleció por problemas del alcohol, y de ahí ya nunca más se volvió a juntar; cada mañana la acompañaba a traer leña, a trabajar sus terrenos, ella siempre terminaba tan cansada, y mi forma de demostrarle mi cariño era llevarle carne de conejo, de ardilla, raras veces carne de venado, pero siempre me compartía la mitad de esa carne. Doña Chenchá me llamada Nētseets, por mi pelaje yo creo. Ella siempre me decía que yo tenía que dejar herederos, porque estaba tan guapo, pero quien sabe qué pasó conmigo, mis hijos no heredaron mi pelaje, unos salieron

pintos, otros cafecitos, se parecían más a su madre, así que creo que la decepcioné un poquito.

Un día, Doña Chenchá amaneció enferma y yo me puse muy triste, no sabía cómo ayudarla; Recuerdo que Felipa, una de sus hijas, vino a verla y se la llevó a su casa, me quedé por un tiempo solo. Pero después fueron por mí. De ahí nunca más regresé al rancho, porque según Felipa, yo iba a ser una carga para Doña Chenchá. Ella, después de haberse recuperado, regresó sola al rancho.

Ahora años después la puedo ver, y puedo ver que ya tiene nueva compañía. Que sea feliz siempre, nos reencontraremos pronto.

Estoy viendo la casa grande, donde me llevaron esa vez, ese hogar que me acobijó por unos años, ahora se ve casi abandonada porque los niños han crecido y se han ido a estudiar lejos, y como siempre, Felipa ha de estar lavando ropa en algunas de las casas de su barrio, su esposo más seguro está en algún lugar construyendo casa. Tampoco veo a mis amigos peludos que fueron adoptados mientras yo estuve allí.

El tiempo que pasé aquí, los niños fueron mi compañía, más bien, nos hacíamos compañía, Fernando y Ernesto, los dos hijos de Felipa, en esta casa me llamaban Changuito. Los dos niños, cuando se quedaban solo, que era casi siempre, jugaban conmigo, debería de estar feliz, pero la verdad yo

que nunca parece saciarse.

Tu indiferencia, ese veneno disfrazado de caricia, me va despojando lentamente de todo, como el hierro que se oxida sin remedio ante el paso impasible de los días.

Mis ojos, hundidos en la penumbra, siguen la huella de tu sombra mientras te alejas, y mi esperanza, tan frágil, se deshace en polvo bajo el peso de tus pasos.

Mientras caminas, el crujido de tu andar resuena en la quietud de este mundo vacío, y en el abismo profundo que dejas en mi alma.

El chivo había vuelto.

Simón había dicho la verdad.

Esta vez, nada los separaría.

MUDANZAS.

Mi corazón, obstinado y terco, sigue aferrándose a tu presencia,

como el río que no puede renunciar al agua que lo alimenta,

como la luna que se niega a abandonar la noche,
aunque no llegue nunca a tocarla.

El silencio me consume, me arrastra,
me aprieta con dedos invisibles que me disuelven

y me convierten en un eco lejano que clama,
pero mi voz, quebrada, nunca logra alcanzarte.

Te entrego lo único que me pertenece,
lo único que mi alma guarda intacto,
y tú lo tomas, lo devoras con voracidad,
alimentando al monstruo de tu ego

seguía extrañando mi casita de adobe, creo que por eso me enfermé, algo raro me empezó a pasar, un día noté que había dejado un mechón de pelo en el patio, y así eran todos los días, me estaba quedando sin pelos; y poco a poco me alejaban, ya no me dejaban dormir en la casa, ya no jugaban conmigo. Me decían tantas palabras, me costó entenderlos, porque ellos me hablaban diferente, yo entendía el lenguaje de Doña Chenchá, pero aquí hablaban diferente.

Un día Felipa me llevó con un señor que dice curar animales, no sé de que tanto hablaban, pero escuché que decían sarnoso, y me señalaban. Ese señor me picó con una aguja enorme, me dolió mucho. Pero ni así me curé, se me seguía cayendo el pelo, cada día estaba peor. Definitivamente esa aguja no me hizo efecto. Una tarde cuando Felipa y sus hijos llegaron a la casa, llegaron con dos cachorritos, y supuse que era por mi condición, tal vez tenían miedo de que me fuera a morir. Eso me puso demasiado triste.

Era un día domingo cuando Felipa fue a visitar a su hermana Mary, me atreví a seguirla, pero no quise entrar tan luego a la casa, esperé afuera, ese lugar me generaba tanta paz y tranquilidad. Estuvieron platicando varias horas, cuando salió Felipa, no se acordó de mí, o tal vez sí, pero no me quiso llamar. Y fue desde ese día que me quedé en esa casa. Pensaba que Mary me iba a correr, pero no, diario me dejaba comida, hasta que un día me dejó entrar a su

casita, me dio un lugar especial; fue allí donde volví a sentirme querido, ella me decía Chäng; yo a Mary le entendía muy bien porque me hablaba igual que Doña Chenchá.

Ahora que los he visitado desde este otro espacio, quienes me vieron nacer, crecer y envejecer, les estoy muy agradecido. El día que nos reencontremos, Mary y Doña Chenchá, aquí las esperaré y las ayudaré a cruzar el río en este otro mundo.

Simón espero esa noche pacientemente a ver si Nube lo buscaba, aunque fuese en sueños, pero nada pasó ese día, ni la mañana siguiente ni la otra, así hasta que Simón perdió las esperanzas de volver a ver a Nube.

Un mes después, empezaron a pasar cosas extrañas en la casa de Simón, en el corral vacío, se oía un balido suave, como el de un chivo bebé. El papá de Simón salía con su linterna, por que pensaba que a lo mejor una de sus chivas había tenido crías, pero nunca encontraba nada. Solo una noche se percató de unas pequeñas huellas de unas pezuñas marcadas en la tierra, trato de seguirlas pero vio que no llevaban a ningún lado.

Desde esa vez, cada noche esas huellas se acercaban cada vez más a su puerta.

Hasta que una madrugada, Simón despertó y vio a Nube a un lado de su cama, su amor por el había sido tan grande que había vuelto por él. Simón abrazó a Nube, la besó le contó lo mucho que la había extrañado, y que ahora que estaban juntos nadie los separaría.

Nube salió directo a la habitación de los papás de Simón, y el la siguió casi por inercia y sin decir nada.

Simón apareció en el umbral de la puerta del cuarto con la cara llena de tierra, el cuerpo cubierto de sangre y una sonrisa que no era suya.

Simón gritaba, suplicaba, se tiraba al suelo, se agarraba las orejas para no oír, pero su padre lo tomó del cuello y lo obligó a mirar. El cuchillo entró despacio. La sangre salió en borbotones. El chillido de Nube fue más humano que animal. Duró segundos, pero el eco duró para siempre.

Cuando el cuerpo del chivo dejó de moverse, vio cómo su padre lo colgó, lo abrió por la panza y empezó a sacar vísceras como si pelara fruta. Simón, en silencio, con la cara salpicada de sangre, sintió que algo dentro de él también moría. Algo que no volvería jamás.

Desde ese día, Simón ya no quería jugar. Ni reír. No dormía bien, a veces despertaba gritando el nombre de Nube. Otras veces, se iba al bosque y se quedaba ahí, horas, mirando hacia donde el chivo había corrido por última vez, se imaginaba que Nube si había podido escapar, y que era feliz en el cerro balando y saltando.

Una tarde de desasosiego y tristeza Simón le habló al cerro como si de Nube se tratara, y le suplicó:

— Nube, perdóname por no haberte podido proteger de mi padre, te fallé como hermano mayor, y te perdí, pero si vuelves, te prometo que nunca más tendré miedo y sentiré coraje, el suficiente para defenderte y no dejar que nada te pase, que nadie nos separe nunca más.

Cerrando heridas

Sus manos están agrietadas de tanto deshierbar, se ven negras y verdes a la vez, ya no tienen el color natural que alguna vez tuvieron; las uñas largas, gruesas y duras, tal cual el reflejo de la vida que le ha tocado. No recuerda que haya disfrutado de su infancia, su vida adulta empezó desde los cuatro años. A esa edad ya sabía prender la lumbre y preparar café; conforme crecía, tenía que aprender a moler en metate, preparar la comida, cuidar de las bestias y trabajar las tierras, que ni eran suyas y que nunca lo fueron. Recuerda con un nudo en el corazón y lágrimas en sus ojos que más seguro el creador nunca la quiso porque cargó tantas responsabilidades que no le correspondían, pero eso era el peso que pagar por ser la mayor de los hermanos.

Tuvo tantas veces la oportunidad de poder huir, las veces que llevó en su espalda un costal de aguacates verdes para ir a venderlos en las comunidades cercanas, era su oportunidad, pero no, no lo hizo, porque no quería vivir con culpa de haber abandonado a sus hermanos y a sus padres. Prefirió seguir así.

Un día estando en casa, empezaron a ladrar los perros, se acercaban visitas, ella estaba entre el humo llorando porque así es cuando la leña está tan verde, solo saca humo y no prende, o sólo porque al humo

se le da la gana hacerte sufrir porque eres pequeña. Sus padres estaban afuera de la casa desgranando maíz y sus hermanos jugando. La mamá como si hubiera visto al mismísimo fantasma entró corriendo a la cocina, sin pronunciar una sola palabra, la escondieron entre el petate. Mientras el papá le contestaba a esas personas con una voz tan enojado, pero a la vez tan temeroso, diciéndoles que no había nadie más en esa casa más que los niños que andaban saltando y gritando.

En ese entonces, por allá de los años cincuenta, eran obligados los niños y niñas para que estudiaran, pero como la mayoría de las familias no inscribía a sus hijos, los escondían casi siempre, los profesores salían en busca de estos pequeños y no tan pequeños, porque hasta eso, por más grande que ya estuvieran, podrían aún cursar la primaria.

En esta visita sus hermanos pudieron ser registrados y pronto entrarían a estudiar, mientras ella seguiría cuidando de ellos hasta que ya tuviera la edad de contraer matrimonio, es decir, a los dieciséis años, no más.

A ella le hubiera gustado escribir su historia con sus propias manos, pero nunca le enseñaron a escribir ni una sola vocal. Pero sí aprendió a contar en su lengua las aves, flores y lo que había en su entorno.

Pero un día, Simón volvía de la escuela cuando encontró a su padre en el patio afilando su cuchillo.

—Ese chivo tuyo, ya está grande, que bueno que lo cuidaste bien. Mañana lo matamos.

Simón se quedó helado. No podía hablar. Sintió que algo dentro de él, se rompía, como si lo hubieran abierto con uno de esos cuchillos afilados que usaba su padre.

Esa noche, mientras todos dormían, Simón se levantó en silencio, abrió el corral y se llevó a Nube en brazos hasta el bosque.

—Corre —le dijo llorando—. No mires atrás. Corre.

Nube, como si entendiera, se fue entre los matorrales, con las orejitas caídas y los ojos brillantes por la luz de la luna.

Pero en la madrugada, los ladridos de los perros despertaron a todos. Su papá no solo se había despertado, sino que además lo había seguido. Y había traído de vuelta al chivo atado, lleno de espinas y con la lengua afuera de tanto correr.

—Tienes que hacerte hombre, y te voy a enseñar a ser uno a cómo de lugar, ven pa que veas lo que un hombre debe hacer —dijo con voz grave, mientras arrastraba al chivo hasta el patio.

En un pueblo situado en medio de montañas y niebla, donde los días huelen a leña y a sangre seca, vivía Simón con su padre, su madre, y cuatro hermanos más, Simón era el más pequeño de todos, tenía apenas ocho añitos cuando un día su papá llegó con un regalo para él. Simón no podía creerlo, el nunca había recibido un regalo, y menos de su padre, que nunca hablaba mucho pero lo poco que decía, se hacía.

Esa mañana, mientras el gallo aún no cantaba, Don Aurelio entró a la habitación de Simón con una caja de madera. Dentro, temblando como si presintiera su destino, había un chivo recién nacido: blanco, flaco y con ojos enormes y asustados.

—Es tuyo —dijo el padre—. Está flaco y chico como tú, no lo dejan comer sus hermanos, lo vas a criar, ten.

Simón tomó la caja sin entender del todo.

Le puso por nombre Nube, porque su pelito blanco le recordaba a las nubes suaves que flotaban sobre el cerro. Desde ese día, Simón tuvo que aprender a cuidar Nube. Le daba biberón, lo dormía a su lado en el petate, le hablaba como a un hermano menor. Nube balaba cuando Simón salía a la escuela, y brincaba de alegría cuando volvía. Pronto se hicieron, inseparables.

Solía salir todos los días a pastar las bestias, pero para eso tenía que cuidarlos y vigilarlos bien, si éstas se comían los plantíos de los vecinos le esperaba el peor castigo, su papá en varias ocasiones le pegó con una vara con espinas, hasta que le sangraran los pies y las manos. Así la educaron, de la forma más cruel, por eso ahora que lo cuenta tímidamente, sus miedos siguen ahí, esos recuerdos no se van, regresan y aprovechan cada momento que puedan, más en las tardes lluviosas.

FUTURO/XHI

Si de por sí, el futuro es una vereda incierta en cualquier ámbito y perspectiva que se quiera imaginar, visualizar, oler, sentir y escuchar, el de la lengua es uno que parece tomar su propio ritmo, como si el olvido tuviera un paso y ritmo más rápido que la resistencia. Pareciera ser que la construcción y destrucción, a pesar de ser las dos polaridades de la creación, una tiene más fuerza que la otra. Subir un cerro es difícil, teniendo la gravedad en contra, el tiempo y la condición, por otra parte, la bajada pasa a ser un movimiento automático hasta cierto punto, lo mismo pasa aquí. Es por eso que ante este futuro lingüístico y cultural, la lengua pasara a vivir y habitar otros espacios más allá de nuestro “ru”, y pensar en estos soportes es lo que parece llenar de neblina el horizonte. Nuestra lengua saldrá de la boca de nuestros corazones a estar en árboles, lienzos, jarabes, cortos y texturas que rodearan nuestra vida, recordando que alguna vez todos esos sonidos, símbolos, significados y sentires vivieron en nuestra conciencia.

BIXH-DIXH

Un día un gato negro, sin una oreja despertó perdido y confundido en un pueblito.

El gatito comenzó a caminar y explorar este pueblo, pero era muy mal recibido, las personas le lanzaban piedras, agua y lo golpeaban para ahuyentarlo, el gatito solo quería comer y no pasar frío, de pronto una noche, mientras caminaba por la calle, al pie de una bajada inclinada, se encontraba Perla, llorando bajo la luz del farol.

Perla abrazo al gato y se lo llevo a su casa, por qué su mamá la buscaba. Al llegar la mamá le pidió a Perla que se despidiera de su abuelo, papá Abel, pero Perla se negó y salió corriendo desconsolada. Detrás de ella, iba aquel gato negro. ¿Qué haces? Le grita el gato, a lo que Perla responde. Iré por él, lo traeré a casa. El gato corrió para seguir el rastro de Perla, hasta llegar a un lugar lleno de piedras antiguas, plantas, insectos y hongos, de pronto el gato se sintió en casa, recordó quién era y de donde venia. Pero de qué servía, si ahora había una gatita blanca triste y sola, en busca de un hogar.

No supe que hacer, si seguirla, quedarme ahí más tiempo, o seguir mi búsqueda.

-Iré contigo, dije, creyendo que no pasaría nada. Perla con un deslumbro en su rostro, se inclina ante mí y me carga para abrazarme. Después de unos cuantos pasos llegamos a una casa, en esta no había musgo, ni hongos, ni insectos, las rocas con las que estaba hecha eran nuevas. La señora que buscaba a Perla estaba frente a una caja, en una cueva llena de luces tenues provocada por las múltiples llamas que habían encendidas. Perla, despídete de Papá Abel. Perla salió corriendo de aquella cueva, yo seguí detrás de ella, pero sus pasos eran más apresurados y sus llantos más profundos. Por la dirección intuí a dónde iba, ¡¿Qué haces?!, le pregunté. Iré por él, lo traeré a casa. De pronto mi alma se inundó de recuerdos, recordé de dónde venía, y que buscaba, pero era demasiado tarde. Al llegar a aquellas rocas viejas, supe que era Lyo'ba, siempre estuvo ahí, siempre estuve en casa, mi razón de ser se había terminado, encontré lo que buscaba, excepto que ahora un gato blanco divaga por las calles de Lyo'ba en busca de su hogar.

RESCATE/GUC'NE'NU

Rescate: Quizás suena un poco a ayuda. Es por eso la relación con la palabra en didxhza, guc'ne'nu, que literal quiere decir, ayudemos, al igual es difícil aceptar que de alguna manera existe una especie de muerte, olvido o descuido, y quizá para una perspectiva ajena, esto parezca a ser algo negativo, entonces más bien podría optarse una interpretación de metamorfosis, de cambio, como el de las polillas y mariposas, criaturas admiradas por nuestros ancestros. La lengua está cambiando con nosotros, con el mundo y con el universo, y queda en sus hijos evocar esa misión de guardianes. Tanto hablantes como declarantes, tenemos el deber espiritual de recordar, de cuidar, de mantener viva la llama de nuestro conocimiento, la luz del agua, las palabras de los árboles, los consejos de los cerros y los “rcasa'li” de los abuelos. En nosotros queda cuidar de nosotros, si no, nadie lo hará por nosotros, como a venido sucediendo a lo largo de la historia.

FORTALECER/SU'DIEP

El hecho de saber que a pesar de mas de 4 siglos de un constante pisoteo, despojo y violencia, deja en evidencia la fortaleza que poseen no solo las lenguas, si no los pueblos, los territorios, los ideales y las filosofías que nos heredaron los abuelos a través del sonido, de la tierra y del espíritu, que no se rompió a pesar de los llantos, los golpes y el tiempo. Es por eso que ahora es un tiempo sagrado, tiempo de curar heridas, de fortalecer la memoria y los lazos que nos han mantenido vivos ante la oscuridad, la codicia y del hombre. Es una encomendación de alto grado, ya que para comenzar a caminar se necesita de muchos factores para no entorpecer el camino, y el más importante de todos, recordar que somos hijos de una misma mazorca, que es un deber colectivo y para comenzar a andar necesitamos perdonar y perdonarnos.

BIXH-DIXH

No recuerdo como llegue aquí, solo sé que venía en busca de alguien a quien amo mucho, el lugar me parece familiar y algo me dice que esa persona está aquí.

Recorriendo las calles de este pueblo las personas me corrían de sus puestos, casas y espacios, no sé porqué lo hacen, pero lo único que busco es un lugar donde no sentir frio y algo que pueda comer. Cansado de andar entre terracería, perros y humanos, al caer la noche vi una luz que deslumbraba en una esquina al pie de una calle empinada, el brillo era tan inmenso y perfecto, como el de una perla, ella era Perla.

Poco a poco comencé a acercarme, de pronto un dulce llanto comenzó a escucharse más fuerte, no lo podía creer, un llanto lleno de luz no se ve siempre.

Perla al sentir mi presencia no reacciono como todos los demás humanos, no me tuvo asco, no me ahuyentó, no me ignora. Fue la primera en decir mi nombre: bixhi, bixhi, bixhi. Perla seso su llanto mientras ambos mirábamos a lo lejos lo que parecía ser un hogar de ambos, una pila de rocas antiguas habitadas por plantas, musgo, hongos e insectos. El silencio y la contemplación parecía diluir el tiempo, cuando de pronto una voz nos trae de vuelta. !Perla! ¿Dónde estás?. Perla se levanta, se me queda viendo por unos instantes y me dice: Bixhi, tengo que irme.